

LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas al año. Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado de Correos 347.



Un niño cargado de fusas.

Un nuevo método para enseñar música á los niños ha sido adaptado en algunas escuelas de Inglaterra.

El pentágrama se pinta con cal sobre la hierba ó el patio del colegio; los niños se encargan de representar una ó varias notas de cartón grandes como melones, y ellos mismos la colocan en la línea ó en el espacio correspondiente, y después dan el sonido á su nota.

Los chicos, en un momento dado,

representan redondas, blancas y negras, corcheas, fusas, etc., cuyo valor conocen.

Como al mismo tiempo es un juego, hacen rapidísimos progresos, y su inventor, Mr. C. J. Clarke, lo recomienda con convicción.

Primeramente, y antes de que empiecen á manejar las notas de cartón, los becuadros y demás signos, se les enseña lo que es el pentágrama, las claves, los compases, etc., etcétera. Luego se les enseña á cada uno las notas que tienen á su cargo y en confusión salen al patio y van colocando en el pentágrama, y en el sitio ordenado, las notas correspondientes á la canción que se les enseña, conociendo de esa manera la posición de la nota y su valor, según el color y forma.

Una vez colocadas todas las notas



Formando la canción.

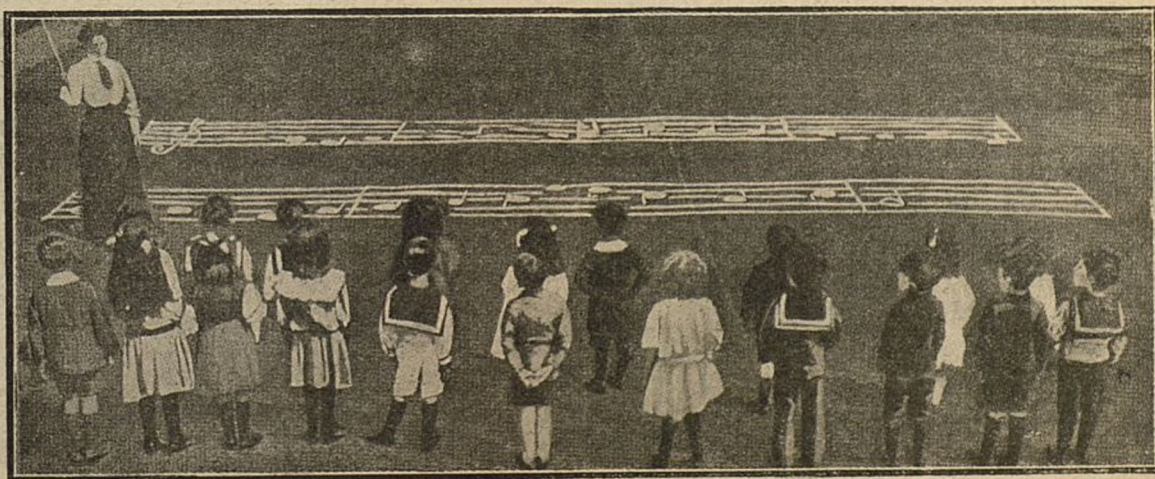


Cantando una nota.

en el suelo, los niños se colocan enfrente de la música escrita por ellos mismos, y cantan juntos la canción.

El compás lo aprenden moviendo los brazos bajo la dirección del profesor, cuya batuta siguen.

El valor de las notas lo aprenden por medio de cajas de cartón en forma cúbica. La caja entera es una redonda, y está dividida en dos, que son blancas; cada división en otras dos, y así sucesivamente.



Los niños ante el pentágrama hecho por ellos cantan juntos.

Ayuntamiento de Madrid



Rictus del tigre al recibir un balazo mortal.



El tigre va á lanzarse sobre el elefante.



Ejemplar de rinoceronte asiático.



PARA todo cazador, la caza del tigre es el deporte cinegético más envidiado, por lo mismo que son pocos los que pueden procurarse tal diversión, para dedicarse á la cual hacen falta, por lo menos, tres cosas: buena salud, temperamento, calma y dinero. Ya con eso sólo falta que uno de los ricos príncipes de la India, uno de esos poderosos nababs, le invite á uno á pasar una temporada en sus posesiones, y ser tratado á cuerpo de rey.

De no ser así, que es lo mejor, se puede hacer reuniéndose una docena de amigos, y que, cada cual, esté dispuesto á gastarse tres ó cuatro mil duros, y entonces, uno de ellos, nombrado administrador, se encarga de los gastos de la expedición, viajes por mar y tierra, tiendas de campaña,

municiones, armas, víveres, ojeadores, etc., etc.

Ya en esas condiciones, puede el cazador prepararse á matar uno de esos devoradores de hombres, que tanto abundan en la India.

Para calcular el número de esas fieras que pueblan los bosques del Indostán, basta saber que todos los años los tigres devoran en el imperio de los Rajás de veinte á veinticinco mil individuos.

Es necesario ser un tirador excelente y tener armas de precisión y municiones de primera calidad, por-

que de no matarlos instantáneamente, su embestida es tan tremenda, que el cazador muere irremisiblemente entre sus garras. Las carabinas de dos tiros son excelentes, con carga de cordita de 70 gramos, de una velocidad mínima de 700 metros y bala de 35 gramos.

En la caza del tigre, como en la del búfalo, el rinoceronte, el elefante, hay que evitar el balazo en sitio que no mate al instante; hay que dar en la cabeza, en el corazón, en el cuello, en el centro de los omoplatos.

Estos animales, con los pulmones atravesados, recorren distancias de cien y doscientos metros, y su acometida en esas condiciones es temible.

También se usan carabinas de repetición Winchester y Mannlicher, pero sucede que, un granito de polvo, raya el arma y el cazador se en-



Mágfico ejemplar de tigre real devorador de hombres.

cuentra sin defensa posible ante un monstruo que se arroja sobre él como una avalancha.

Cuando el tigre ha probado una vez carne humana, no quiere otra; encuentra el manjar tan delicado, que sólo por gran necesidad comerá carne de antílope.

Después de haber probado la carne humana, se dedica a la caza del hombre y se convierte en lo que los indios llaman "admikaneguala", ó sea devorador de hombres.

Para dedicarse a la caza de estas fieras, de cualquiera manera que sea, es necesario ser amante del peligro, una calma grande, nervios bien templados. Una persona nerviosa que vaya a cazar tigres, es un suicida.

La época más favorable para esta



Campamento de cazadores y balcón de observación.

clase de cacerías, es desde fines de Marzo a fines de Junio.

Los "shikaris" ó ojeadores salen con varias semanas de antelación para estudiar los movimientos de las fieras, buscar los sitios donde van a beber durante la época de los grandes calores, pues en esos parajes es donde se encuentra toda clase de caza, pequeña, mediana y mayor, donde los grandes se comen a los chicos, y donde el hombre mata a los grandes cuando no es devorado por ellos.

Una vez conocidos los lugares propicios, hay que ir a buscar a la fiera, bien sea a pie, bien en elefantes, pa-

sar mil penalidades, dormir en tiendas de campaña, estar siempre con el oído alerta al menor ruido y el ojo avizor al más pequeño movimiento; el tigre está en todas partes y no está en ninguna; quizá se esconde entre los juncos a cuatro pasos de uno, y si al salir veloz disparáis y no le matáis en el acto, él se encarga de deshaceros de un zarpazo.

La espera suele hacerse entre las rocas ó encaramado en un árbol, donde a veces hay que pasar incómodamente varios días y varias noches aguardando que el tigre quiera acudir al cebo, para lo cual se pone una cabra, un carnero, un búfalo, víctimas del tigre si el cazador no mata a la fiera del primer tiro.

Hay que aprovechar el momento propicio, tirar, y, sobre todo, dar en el blanco.

La cacería del tigre en elefantes, sobre todo cuando es un obsequio de algún príncipe indio, es un espectáculo verdaderamente fantástico.

Cerca de mil indios acompañan a la caravana, con los ojeadores que rodean el sitio donde están los tigres.

Al paso de los elefantes, los antílopes y los jabalíes salen huyendo; miles de pájaros cruzan el aire, pero no se dispara un solo tiro.

De repente se oye formidable rugido, otros rugidos responden, los elefantes tiemblan, sacuden el rabo con fuerza, azotándose los costados,

levantan las orejas, agitan la trompa, pero avanzan majestuosos aguijoneados por el "kouka" de hierro.

Poco a poco el círculo formado por veinte ó treinta elefantes se reduce, los cazadores, montados en las sillas de sus lomos, se preparan; tienen en la mano una carabina y el indio que va con él tiene otras dos preparadas.

De repente se oye la palabra "bag" tigre. La fiera hace su aparición, se prepara para lanzarse sobre uno de los elefantes, suena un disparo, dos, tres; un terrible rugido atruena el bosque. Si el tiro ha sido certero, la caza termina; de lo contrario, el tigre, aunque mal herido, se vuelve contra los ojeadores y huye hacia el



Niño indio jugando con un tigre... muerto.

bosque, no sin haber descabrado, de un zarpazo, a un ser humano.

Algunas veces los elefantes, asustados, dan una sacudida, el palanquín cae ó hace caer al cazador, la fiera se avalanza sobre él y lo destroza. Sin embargo, en las cacerías bien organizadas, las desgracias son raras. No obstante, en esta caza de devoradores de hombres, no es extraño que el cazador sucumba, sobre todo cuando las cacerías no se hacen



Búfalos y cocodrilos destrozados por los tigres.

en grande escusa y con las precauciones que ordena la práctica.

Algo por el estilo sucede en la caza del rinoceronte, del león y del elefante.

Lo más seguro en estos casos, es el tiro certero y mortal.

La herida es peligrosísima para el cazador.

Hay que matar ó morir.

A LOS FOTOGRAFOS

Como siempre, seguimos pagando todas las fotografías y retratos de actualidad que nos envíen y publiquemos.



Piel de tigre real que media tres metros de la boca al nacimiento de la cola.

LA VIDA EN BROMA

El elixir de larga vida.

De vez en cuando, para consuelo de la Humanidad, se destapa un sabio con un descubrimiento prodigioso, que nos deja patéticos.

Es el único momento en que uno se siente encantado de haber nacido. ¡De haber nacido en tiempos de Maura! El último descubrimiento maravilloso, grande, estupendo, colosal, ya lo sabrán ustedes. No es el de la reglamentación del juego, ni la municipalización de las carnes, ni el de ningún fraude en la administración pública.

Es el de alargar la vida hasta llegar á vivir tanto como Matusalem ó

PASTELERIA.



sus descendientes — (contemporáneos nuestros) — Pidal, Montero, Rodríguez San Pedro y otros que ya han entrado en la categoría de monumentos nacionales y se ha incautado de ellos el Estado.

El sabio Metchnikoff, profesor del Instituto Pasteur, es el que ha dado en el secreto. Para él, la vida se puede dilatar fácilmente, aunque se coma de fonda y se surta uno del Mercado de San Miguel, que es lo peor de lo peor, según mi amigo "Taf", el ameno redactor jefe de "La Correspondencia de España".

Metchnikoff ha podido comprobar que el secreto de la longevidad está en el azúcar. Comiendo cosas dulces, ciertos microbios venenosos que determinan la senectud, se convierten en elementos de vida, proporcionando lozanía y vigor á todas las visceras del organismo.

El alimento azucarado es, pues, lo que presta juventud eterna al cuerpo. Por eso viven tan poco los que pasan una vida amarga.

Ya lo tenía yo observado eso, pero como aquí no hay tiempo para nada, se me ha anticipado Metchnikoff, que vive, por lo visto, consagrado á esos trabajos exclusivamente, y no tiene que perder los días como nosotros, unas veces en los toros, otras sacando la cédula personal, otras en un juicio de faltas, hoy en ir al Ayuntamiento á recoger una licencia para poner un grifo en la fuente, mañana yendo á renovar una papeleta al Monte de Piedad, operaciones todas que se llevan gran parte de nuestra corta existencia.

Yo venía observando que los políticos vivían mucho. ¿En qué consistirá?, me preguntaba. ¡Y mire usted por dónde, Metchnikoff me ha sacado de dudas!...

Los que comen del Presupuesto, viven tanto por el azúcar... esto es, porque se atracan de "turrón".

Los que no, vivimos poco, por los tragos amargos. ¡Eso es todo!

Hasta en la sopa hay que prescindir de todo lo que no sea lanilla dulce.

Y desde luego en la comida, ¡cuálquiera me hace á mí comer salsa á la vinagreta, bacalao á la vizcaína, judías estofadas ni frutas ácidas!...

¡Jamón "en dulce" á todo pasto!... Y para variar algunos días, cocido, para que no se me tache de mal español; pero sustituyendo el tocino de cerdo por el "tocino de cielo" y poniendo la carne muy "melosita".

Evitaré el trato con todas aquellas personas que no empleen palabras "dulces" y cariñosas.

"Pastelearé" cuanto pueda.

Iré sólo á los paseos solitarios, en donde suelen reunirse las parejitas de novios "acaramelados".

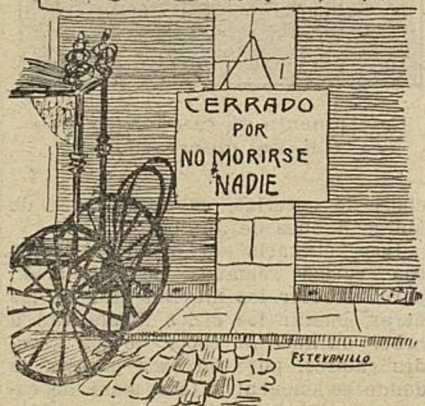
Me haré accionista de la "Azucarera".

No tendré más amigos que los muy finos y "almivarados".

"Dulcificaré" mi carácter, y si se llega á conceder el divorcio en España, haré por casarme todos los meses, para gozar de muchas "lunas de miel".

Con este plan "terapéutico", que creo ha de ser el que más se ajuste á

FUNERARIA.



las teorías del nuevo y prodigioso sistema de longevidad descubierta por el sabio Metchnikoff, me figuro yo que todavía llegaré á ver terminada la Gran Vía.

¡Oh! ¡No hay duda!... El descubrimiento es asombroso y sobrenatural.

F. ROIG BATALLER.

Los senadores y la paja.

Dice Montero Ríos que se rebaja la noble investidura del senador, llevando un sombrerito duro de paja, en lugar de la "bimba" que es de rigor.

En esto, como en otras muchas cuestiones, yo disiento del hombre de Lourizán, y basta que les cite varias razones para que se convenzan, si no lo están.

El sombrero de copa tendrá ventaja como sombrero serio para un "dandy", pero en el mes de Julio, como el de paja, ¡No hay otro, Don Eugenio,

créame á mí!

Es el sombrero propio de los calores, el que impone la moda de la estación, igual para ministros

que senadores, vayan á las sesiones ó al Triánón.

Es el más fresco y grato para la gente, y el que, por eso, adopta todo el país.

¡Con sombrero de paja, seguramente no hubiera usted firmado lo de París!

¡Qué peligros advierte quien así ataja la costumbre y la moda con rigidez?...

¡Qué temor, Don Eugenio, ve usted en la paja?...

¡Vamos, dígalos claro, y de una vez!

El sombrero de paja, que es tan ligero, no tiene, en estos meses, sustitución,

pues, digan lo que quieran, es el sombrero que evita, de los sesos, la ebullición.

Porque sea usted grave y asaz friolero, no debe ser tirano con los demás.

Cuide usted de la suya, señor Montero, y deje usted la "chola" de los demás.

Comprendo que trinara con gran dureza contra los senadores de oposición, que, además de sombrero, en la cabeza llevan planes é ideas á la sesión.

Pero, ¿contra los suyos?...

¡Habría simpleza!

No es cuestión de sombrero, ¡quía, no, señor!...

Lo peor es que llevan en la cabeza mucho humo en vez de paja, que es lo peor!

PIO GRACO.

En busca de marido.

Holanda abandonó con cierta repugnancia
Y se fué á visitar la capital de Francia
En donde conoció, en una reunión,
A un tal Dugán, un joven, hermoso y borrachón.

Parecía gencillo, muy bueno y muy formal,
Pero era hipocresía; no había cosa tal.
Se las echaba de hombre de estudios y de ciencia,
Alejado del mundo por asco y experiencia.

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Una familia amiga, de antiguo conocida
La invitó á Moulin Rouge.—Verás qué divertida
La noche—le decían—y verás el cancan.
—Iré; mas no decirselo á mi pobre Dugán.

Estaba la viudita mirando embelesada
Aquella alegre gente, bulliciosa, alocada,
Cuando entre la algazara del baile cancanesco
Vió á Dugán que bailaba con gesto canallesco.



—¡Qué bueno es!—se decía la viuda entusiasmada,
Sin creer un segundo que estuviese engañada.
Y juntos visitaron, durante varios días,
El Louvre, el Luxemburgo, Panteón y Tullerías.

Yo deseo, le dijo la viuda, visitar
Moulin Rouge, algo nuevo, algo para cambiar.
—¡Jamais, ma chere amie! es un sitio indecente,
Es un sitio cuajado de peligrosa gente.

—¡Qué bueno, qué inocente, qué joven tan virtuoso!
Este hombre me conviene, este será mi esposo.
Un marido modelo, un marido casero,
Ese es precisamente el marido que quiero.

Corre en su busca y puntapié certero
Hace al aire saltar el copudo sombrero,
Y exclama la viudita con voz llena de enfado:
—Un hipócrita más que he desenmascarado.

FERS.

EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"

habría usted echado la mano encima al autor del crimen. Si ya no lo ha hecho, con seguridad que tiene su explicación, porque á un hombre como usted no se le puede escapar...

—Algunas veces—interrumpió el inspector—, es conveniente aguardar y no apresurarse.

—Claro, claro, claro—exclamó el príncipe como hombre convencido de la afirmación de su interlocutor—; estoy convencidísimo de ello. Ya lo creo. Luego, al día siguiente ocurre una nueva tragedia. Me refiero al asesinato de aquel pobre joven de la Embajada norteamericana, á Vanderpole. ¿No se le ha ocurrido á usted, señor inspector, que entre esos dos crímenes puede haber algo de común, y que buscando una cosa se podría quizás dar en la otra?

El policía se encogió de hombros y contestó:

—Sí, señor; á veces ocurre eso, y siguiendo una pista se suelen averiguar otras cosas.

—Es usted un hombre maravilloso—exclamó el príncipe—. Un hombre notable de veras. Como si lo viera, sé todo lo que usted se ha imaginado. Usted, indudablemente, se ha hecho las siguientes reflexiones. Entre estos dos asesinatos hay algo de común. Los dos han sido cometidos por una mano experta. Las víctimas en ambos casos eran ciudadanos norteamericanos y, claro, habrá dicho usted, aquí lo primero que hay que descubrir es la causa; el motivo del crimen, y entonces tirando del hilo, pueda ser que no solo encuentre un ovillo, sino el hilo de otro, ó quizás los dos ovillos. Usted no encontraba sobre quién echar mano, y entonces ha dicho, pues voy á pensar una cosa cualquiera. Supongamos que el crimen lo ha cometido un japonés, y como usted me conocía, ha pensado que alguno de mi casa era el autor, y anda usted ahora tras eso, á ver si saca algo en limpio. Es usted notabilísimo, inspector. Es usted un hombre único.

—No crea usted, príncipe—replicó Mr. Jacks—que no tengo mis motivos para dar esos pasos.

—Desde luego; no lo dudo—exclamó el príncipe—; cuando usted lo hace, por algo será. Y dígame inspector, ¿cuándo da usted el golpe? ¿Cuándo echa la mano encima al criminal?

El policía tosió discretamente, y contestó:

—No puedo asegurarlo categóricamente ni fijar fecha exacta. Está cerca el momento, según creo; pero no es cosa del instante.

—¡Prudencia, mi querido inspec-

tor, prudencia!—dijo el príncipe, sonriendo amablemente. Es una gran cualidad que aprecio mucho y que he aprendido á admirar. Y ahora, acuérdesse que me ha prometido cinco minutos de conversación.

Si le digo á usted que venga á mi casa, no le agradará, y me sacará alguna disculpa de que tiene que hacer en Sabtland Yard. En el club estaremos rodeados de una porción de gente. Démonos, pues, un paseo por el parque de Saint James y podremos hablar tranquilamente sin que nos interrumpan. Vamos andando.

Cogió por el brazo al inspector, y como dos buenos amigos, echaron á andar calle abajo. Al inspector, hombre, al fin, le halagó aquella amabilidad del príncipe y se dejó llevar sin replicar palabra.

Pocas personas había á aquella hora en el parque. Podían, pues, hablar sin temor á que les interrumpieran ni les escucharan.

—Ya ve usted, mi querido inspector—dijo el príncipe confidencialmente—. Como usted sabe, ya llevo aquí algún tiempo y no dejaré de comprender que no he venido aquí simplemente á divertirme. Traigo una misión; una misión de importancia. Tengo ciertos encargos de mi Gobierno y amplitud para llevar á cabo todo aquello que yo considere beneficioso para mi patria. Entre otros asuntos, tengo uno sobre el cual desearía hablar con usted.

—¿Conmigo?—preguntó este, hecho el policía.

—Con usted precisamente, mi querido amigo—replicó el príncipe, guiñando el ojo y haciendo un molinete con su bastón. El Gobierno de Tokio tiene deseos de organizar la policía japonesa bajo el sistema inglés. Usted sabe perfectamente que mi país progresa rápidamente de día en día, y si bien en muchas cosas estamos á la altura de las primeras naciones del orbe, en otras muchas hay que confesar que estamos bastante atrasados. Nuestra policía deja bastante que desear, y si he de ser franco, se ha notado su deficiencia en estos últimos años, y es necesario organizarla. ¿Lee usted mucho, Sr Jacks?

El inspector no sabía qué contestar, dudó un momento, y por fin dijo:

—Si he de ser franco, tengo que confesar que desde que salí del colegio he dedicado muy poco tiempo á la lectura, y de eso hace ya bastantes años.

—Pues bien—dijo el príncipe—es un axioma en la historia, que á medida que una nación se civiliza y

prospera, el número de crímenes aumenta proporcionalmente y, por consiguiente, es necesario modificar las leyes y modernizar la policía con la civilización. En nuestro país hemos llegado ya á un estado de adelanto y de progreso que se hace necesaria una nueva organización y en las últimas comunicaciones que he recibido del Gobierno del Japón, se me pide que envíe inmediatamente un hombre capaz de llevar á cabo la organización deseada. Pues bien; yo no necesito acudir al Gobierno inglés para que me recomiende á nadie; tengo mi propio criterio, y sé lo que traigo entre manos. Hay un hombre capaz de desempeñar ese cargo á las mil maravillas, y ese hombre es usted, mi querido inspector Jacks. ¿Quiere usted aceptar ese puesto?

El inspector, que no estaba preparado á encontrar semejante proposición se quedó asombrado, y medio tartamudeando contestó:

—Mil gracias, príncipe. Usted tiene de mí una idea demasiado elevada. No me creo con fuerzas de poder desempeñar cargo de tanta importancia.

—Eso—contestó el príncipe—no le importe á usted; estamos dispuestos á correr ese riesgo. Ya lo veremos después si vale ó no vale.

—Sin embargo—pudo decir el policía, ya más aplomado—. A mí aléjame emprender tal viaje, y establecerme tan lejos de aquí...

—Desde luego que eso será como le acomode—continuó diciendo el príncipe—; pero sí conviene que se haga usted cargo de que una gran nación como la mía si necesita de los servicios de un hombre tan especial, no repara en gastos y sabe pagar. Su trabajo de usted en el Japón no habrá de durar más de tres años. Por ese trabajo de tres años el Gobierno de mi país está dispuesto á pagar la suma de treinta mil libras esterlinas.

El inspector abrió la boca al oír la cifra.

—Es una cantidad bien grande—exclamó.

El príncipe se encogió de hombros, y dijo:

—No se puede decir que sea una cantidad fabulosa; sin embargo, es lo bastante para que después viviera usted descansado todo el resto de su vida.

—¿Y cuándo tendría que irme?—preguntó Mr. Jacks.

—Esa es—dijo el príncipe—la dificultad más grande de todas; porque el tiempo urge. De aceptar, tendría que ser á escape. Sería necesario que mañana mismo, por la tarde, tomara usted el vapor en Southampton.

El inspector le miró atónito, quedó callado unos segundos, y con voz baja contestó con una pregunta.

—¿Mañana mismo, dice usted?

—Mañana mismo —contestó el príncipe.

En cuanto á su puesto en la policía inglesa no tiene por qué preocuparse; yo tengo bastante influencia en el Gobierno para arreglarlo todo en media hora; de manera que por ese lado está todo resuelto.

En fin; déjeme que le vuelva á repetir que por los tres años de servicio en el Gobierno de mi país, recibirá usted treinta mil libras esterlinas y manos libres. Usted es un hombre de unos cincuenta y dos á cincuenta y tres años, dentro de treinta y seis meses puede usted volver á encontrarse aquí con una fortunita para vivir tranquilamente y sin trabajar el resto de su vida.

—¿Y toda esa fortunita, es simplemente por arreglar la policía en Tokio? —preguntó el inspector.

—Sí, en términos generales, por eso —replicó el príncipe.

—Y en particular —continuó el policía mirando de reojo al japonés —por dejar sin descubrir al criminal que asesinó á dos inocentes criaturas.

El príncipe no contestó. Se puso sumamente serio; su cara era durísima en aquel momento; un ceño sombrío nubló su rostro. Durante algún tiempo caminaron en silencio. Por fin el príncipe á su compañero en tono serio, le dijo:

—Francamente, me he equivocado con usted, y no entiendo su alusión. El dinero que le ofrezco en nombre de mi gobierno es por un servicio bien definido. En cuanto al otro asunto á que se refiere, me tiene sin cuidado. A mí no me importa que prenda ó deje de usted de prender al individuo ó individuos autores de los crímenes esos. Yo lo único que deseo saber es si acepta usted ó no la proposición que le hago.

El inspector sacudió la cabeza.

—Príncipe —exclamó—. En esta cuestión no cabe que dude por un momento; yo se lo agradezco á usted infinitamente; pero no puedo aceptar su ofrecimiento.

—¿Está usted completamente decidido? —preguntó el príncipe.

—Esa es mi determinación —contestó el policía con firmeza.

—Japón es un país encantador, Sr. Jacks.

—Me va muy bien en Londres, príncipe.

—No siempre, amigo mío —observó el japonés—. Acuérdesse usted que no hace muchos días estuvo usted enfermo. Este clima no le conviene.

—Esas enfermedades son cosas del oficio, no del clima.

—Pues lo siento, señor inspector. Lo que yo le ofrecía era un puesto magnífico, de esos que pocas veces se encuentran en la vida; puesto que le venía á usted como anillo al dedo, y que hubiera usted desempeñado á las mil maravillas; pero, en fin, puesto que no lo quiere, usted lo pierde. No se hable más del asunto.

El príncipe se disponía á terminar la conversación, y al despedirse dijo:

—Bueno, amigo mío; no trataré de persuadirle á usted, sólo le digo que la oferta queda en pie de aquí

hacia allá para practicar su profesión.

Nunca, desde que acabó su carrera, había tenido grandes ingresos; pero desde hacía algún tiempo, la cosa se ponía horrible; ni un enfermo de importancia; ni un herido; ni un accidente.

Los gastos seguían lo mismo, los ingresos cada vez eran menores; las deudas aumentaban en proporción alarmante. Sería necesario echarlo todo á rodar, desaparecer, irse muy lejos. No veía otra solución.

Hacía algún tiempo un joven ciclista, atropellado por un automóvil, y á quien él había curado, le había pagado con magnanimidad, y con aquel dinero había ido viviendo, y más tarde, fué llamado para visitar al inspector de policía Jacks, el cual, más que para ser asistido, le había llamado para hacerle una serie de preguntas abrumadoras. Le pagó unas trescientas pesetas por la asistencia; le convidó á comer en uno de los mejores restaurants de Londres, y desde entonces no había escrito una sola receta.

—Así no puedo seguir —se decía el desgraciado médico—. Si dentro de un par de días no cambia esta situación, no tendré más remedio que desaparecer de aquí, sin que nadie se entere, ni nadie sepa, á dónde voy. Después de todo, estoy solo en el mundo, á nadie le importará mi desaparición; á nadie como no sea á mis acreedores.

El inspector Jacks que tanto interés se había tomado por él y que le había anunciado que pronto necesitaría sus servicios, no había vuelto á dar muestras de vida. El doctor se desesperaba.

Pensando estaba en la determinación que había de tomar cuando un buen día un magnífico automóvil paró á la puerta de su casa.

El corazón le dió un vuelco en el pecho al ver salir del elegante vehículo un joven sencillamente vestido, de tipo extranjero, japonés al parecer, que se acercaba á la puerta de su casa y sonaba el timbre.

El doctor había tenido hasta pocos días antes un criado que abría la puerta y atendía á los otros menesteres de la casa; pero lo había despedido por no poder darle el salario ni siquiera atender á su manutención, así es que el doctor en persona fué á abrir la puerta.

El visitante, quitándose el sombrero y haciendo profunda reverencia, saludó.

—¿Vive aquí el doctor Spencer Whiles? —preguntó.



á mañana. Si cambia usted de modo de pensar, avíseme. Adiós, señor inspector.

El príncipe giró sobre sus talones y se dirigió al palacio de Buckingham; el inspector le miró cómo se alejaba.

Después se quedó mirándose la punta de los pies, mientras pensaba.

—Me quiere sobornar; es una bonita manera de querer comprar á uno. ¡Treinta mil libras esterlinas! ¡Una friolera! Treinta mil libras por cerrarme la boca.

CAPÍTULO XXIII

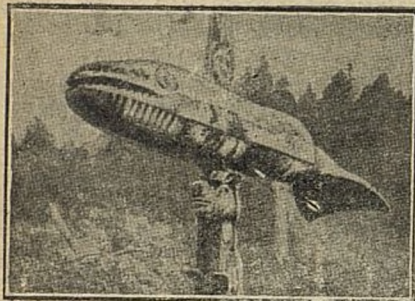
El príncipe y el médico

El doctor Spencer Whiles llevaba varios días con las manos cruzadas. En aquellos arrabales de Londres, no se enfermaba nadie. La salud era excelente. Nadie llamaba á las puertas del galeno.

Pensando y meditando, se llegó á convencer de que había escogido ma-

COSAS RARAS Y NUEVAS

Los pueblos primitivos tienen la costumbre de venerar totems ó ídolos



**TOTEM
DE
ALASKA**

que en la mayor parte de los casos representan animales con los cuales se creen estrechamente unidos, por un parentesco místico. Los indios de Alaska colocan sus totems encima de altos postes esculpidos, en los que los grabados forman una especie de árbol genealógico. Los grabados y ornamentos de cada mástil reproducen la historia de la tribu.

La fotografía que reproducimos es la de un notable poste totémico de una de las tribus de Alaska, que lleva en la parte superior la reproducción de una orca, cetáceo de gran talla, algo parecido al delfín, y que después de la ballena y el cachalote es el animal más grande que vive en el agua.

Si bien es el tercero en tamaño es el primero en ferocidad y devora focas y delfines y ataca con valor á la misma ballena. Se comprende que tal animal tenga gran importancia entre los indios pescadores y que hayan escogido como atributo la orca para librarse de sus ataques é indicar el valor y la fuerza. El cetáceo está muy bien esculpido y se reconoce perfectamente y da una clara idea de la habilidad y buen gusto de los indios de Alaska, sobre todo, si se compara con el de los demás pueblos salvajes.

Aseguran los supersticiosos que el trébol de cuatro hojas es portador de la buena suerte para el que lo posee y de eso, sin ser supersticiosos, podemos asegurar que es verdad, y creemos que de nuestra opinión será un florista de Nueva York que ha hecho una fortuna cultivando el trébol de cuatro hojas.

**EL TREBOL
DE CUATRO
HOJAS**

A principios de Abril último las presentó en el mercado de Nueva York vendiendo cada trébol al precio de cinco duros oro. En la primera semana vendió más de cuatro mil y durante el primer mes la venta siguió en esa proporción. El ne-

gocio continúa aún, vendiendo varios cientos al día.

En poco tiempo, y gracias al trébol, se ha hecho rico el floricultor americano.

Indudablemente es el trébol de cuatro hojas la planta de la buena suerte.

En Eborgassing se acaba de fabricar una alfombra que indudablemente es la mayor que existe. Tiene setenta y dos metros de largo por cuarenta de ancho y está destinada para un salón de un casino norteamericano. Ha costado diez mil duros oro y para llevarla al puerto de Trieste ha sido necesario construir un vagón especial.

Convencidos de lo peligroso que son las moscas, propagador de mil enfermedades, vehículo de millones de microbios, se ha abierto en Inglaterra y Estados Unidos una campaña contra el molesto, pertinaz, asqueroso y peligrosísimo insecto.

MATAMOSCAS

La campaña del "Kill-That-Fly" ó "Mata esa mosca", como la llaman, se hace en periódicos, en las escuelas, en mítins públicos y hasta desde el púlpito.

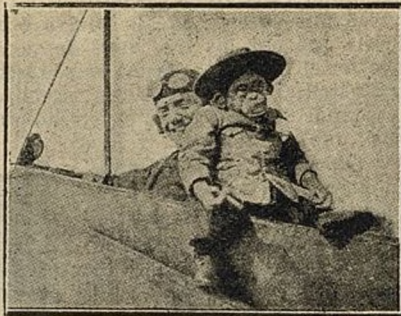
Por todas partes se venden á precios baratísimos, y hasta se regalan por el Comité, papeles contra las moscas, trampas, aparatitos para matarlas. La campaña es enérgica, y en poco tiempo son muchos los millones



de moscas que han hecho desaparecer.

Nuestro grabado representa un señor formal dedicado á matar moscas en la ventana de su casa, con un aparato de nueva invención.

En la linda ciudad de Bath, Inglaterra, se ha celebrado hace poco un



**CUADRU-
MANO
AVIADOR**

concurso de aviación que, además del interés que siempre despiertan esa clase de espectáculos, ofrecía el particular de un mono aviador.

Claro está que el simio no actuó de piloto; éste lo era el conocido aviador Mr. Hucks, quien llevó como pasajero á un mono, Little Nat, que vestido de personita, hizo la ascensión dando muestras de gran placer al verse por los aires. El recorrido no pudo, sin embargo, ser tan largo como estaba marcado por el aviador, que tuvo que aterrizar antes de tiempo, á consecuencia de un desperfecto en el motor.

El mono no quería salir del aparato, mostrando deseos de volver á emprender el vuelo.

Un arquitecto amigo de los números, ha calculado que se podría hacer una pirámide igual que la célebre de Cheops, en Egipto, por cien millones de duros. Con la maquinaria moderna y los elementos con que ahora se cuenta se podría construir una pirámide de las mismas dimensiones en el término de dos años, trabajando cuarenta mil canteros, albañiles, etcétera. Ha calculado también que en la época en que se construyó la célebre pirámide trabajaron en su construcción unos cien mil hombres, durante un período de treinta años.

Cuando una muchacha se casa en el Japón, se celebra un servicio fúnebre en la casa de los padres, como indicando que para éstos la muchacha ha muerto.

La ciudad de Londres, mejor dicho, el público londinense gasta en diversiones muy cerca de un millón de pesetas al día, repartido en la siguiente forma: Teatros, 300.000 pesetas; cafés conciertos, 200.000; cinematógrafos, 320.000; conciertos, bailes, etc., 65.000.